



(Paragidos en "Se está y de aquellos, tomo IV")

DE ARTE PICTORICA

Para LA NACION

I

SALAMANCA, Junio de 1912.

Si por algo alguna vez me tienta el diablo con la nostalgia de las grandes urbes, de las grandes capitales, a mí, tan bien hallado en el sosiego protector de estas pequeñas ciudades de provincia donde hay tiempo para vivir consigo mismo, es por las mayores facilidades que hay en aquellas de gozar de un museo o de una exposición de pintura y escultura. Es el museo del Prado lo que más echo de menos de Madrid, casi lo único.

Privado casi en absoluto, no sé si por mi fortuna o mi desgracia, del sentido de la música a punto que no doy un céntimo por oír un concierto o una ópera y gustando más, muchísimo más, leer en mi casa cómodamente un drama o una comedia a verlos representar—además de que en dando las diez y media de la noche el sueño puede más que yo—sólo una forma de arte público, la exposición de cuadros y estatuas, me atrae la atención. Y es por lo único, digo, por lo que a las veces me acuerdo de las grandes capitales yo que les prefiero con mucho los campos abiertos al sol y al aire, los lugarejos tendidos en la llanura o recostados en la falda de una montaña, las cumbres de las sierras, los valles frescos y verdes como un nido de tranquilidad.

Desde muy niño me adiestré en el arte del dibujo y luego en el de la pintura y si he abandonado este último es por haber descubierto mis escasas aptitudes para el colorido. La línea y el claroscuro, sí, pero el color no; éste me era rebelde. Y no sé si es por esto que prefiera a los pintores que podríamos llamar claroscuroístas, aquellos que pintan poco más que a blanco y negro, y no esos otros coloristas que degeneran fácilmente en colorinistas y cuyo arte decorativo no emana del todo dentro de la severa y clásica pintura. Un buen cuadro no pierde tanto como se cree en una buena reproducción gráfica sin color, en buen grabado, en una excelente fotografía. Lo que no cabe reproducir en grabado es un caleidoscopio o un mantón de Manila. Los nobles retratos de Velázquez conservan mucho de su nobleza en un buen grabado y su estopendo Cristo es, gracias a Dios, bastante reproducible.

He tenido que renunciar a ver la última exposición de arte celebrada en Madrid, pero por lo que dicen las personas entendidas y discretas que la han visto no he perdido en general gran cosa. No quiero, sin embargo, renunciar a darme el gusto de hablaros algo del arte pictórico español contemporáneo a propósito de lo que se ha dicho en torno a esta tan discutida exposición.

Una exposición así, general y numerosa, no de las obras de un solo pintor o de un número muy restringido de ellos unidos por vínculos artísticos es algo heteroclitico y en el fondo desconcertante. No hace mucho nuestro Benavente, hablando en el «Nuevo Mundo», a propósito de los cuadros de Anselmo de Miguel, de la última exposición decía: «En aquella democrática aglomeración como en todas las democracias, la fuerte individualidad se pierde en el conjunto de mediocridades. Uno con otros los cuadros se funden en un vulgar término medio. Como en el cinematógrafo la rápida sucesión de imágenes compone una sola. De los cuadros buenos y malos, sale uno de la exposición con la idea de muchos cuadros medianos. Estas exposiciones reducidas, parciales, serán cada vez más apreciadas por los artistas y por el público.»

Uno de los mayores encantos secundarios que tiene para mí la piadosa visita que todos los años hago a mi nativa tierra vasca es el ser hoy Bilbao uno de los principales centros de producción artística pictórica en España. Allí me encuentro rodeado de pintores, algunos de los cuales son algo más que «virtuosos»; es decir, que hábiles técnicos de su arte, pero sin emoción alguna estética fuera de él. Allí me acompaña de Manuel Losada, uno de los más dignos e hidalgos artistas que conozco, tal vez el que inició la restauración de nuestra antigua manera castiza, artista tenaz que aguarda con una paciente dignidad la hora en que se le descubra y de quien guardo un retrato que me hizo, que me gusta tanto más cuanto menos gusta a mis allegados. De este retrato creo puede decirse lo que Benavente dice de los retratos de Anselmo de Miguel, y es que no tienen ese parecido de presente, pasmo de los allegados, sino un parecido de futuro.

Y pues que hablo de ese mi retrato hecho por Losada—ya conocéis el impenitente egotismo a que me ha traído la vida en este retiro de la recogida ciudad provinciana—os diré que me hizo otro retrato otro artista vasco, uno de los hermanos Zubiaurre, Ramón. Es este un retrato algo fantástico, de notable parecido, con una vista de la universidad en el fondo y un cielo aborrecido, a lo Greco, al fragor de un relámpago como me escribió Zubiaurre—que es sordomudo—al mostrármelo. Los dos retratos son por dos pintores vascos, y de un escritor vasco, como yo soy, y no sé si sea fantasía mía suponer que al pintarme ellos y yo posar para que me pintaran, nos pusimos en comunión de casta.

Sorolla, el gran pintor valenciano, el que representa acaso el otro polo de la escuela española, tiene el encargo de Mr. Huntington, de hacer otro retrato mío para el museo hispánico que en Nueva York sostiene ese benemérito y opulento hispanófilo, y estoy ansioso por ver cómo me deja cuando en el otoño vuelva acá a haberlo. Espero y confío que saldré de sus habilitados pinceles mucho mejor librado que salí mi pueblo, Bilbao, y el alma de mi casta vasca de la pluma de su paisano, Blasco Ibáñez, que probó en su novela «El intruso» que hay almas y pue-



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

OSUSAL ES

blos a los que no se les sorprende con una rápida ojeada, como quien toma una instantánea fotográfica. «La barraca» o «Cañas y barro» son novelas admirables porque en ellas Blasco nos ha presentado el alma valenciana, la misma que él lleva dentro, pero en mi país se encontró con algo inconmensurable: con su espíritu. No es de esperar así de lo que Sorolla pinte en mi tierra, pues al cabo no hay que pintar sino lo que se ve. **Mientras que al escribir...**

En aquel mi Bilbao también viven, además de Losada, el más culto de todos ellos, otros pintores. Larroque, tal vez el más hábil, que pinta cuadros de museo, de esos que al día siguiente de hechos parecen tener siglos; los hermanos Arrúes, cuyas composiciones de escenas del país, no sin su punta de humorística caricatura, son deliciosas; Arteta, un muchacho tímido, lleno también del espíritu de la raza; mi excelente amigo Iturrino, alma de niño, pintor fantástico, colorista desenfrenado, que se va a Andalucía a pintar agitanadas mozas, desvestidas más bien que desnudas, y luego se mete de rondón en cualquier salón secesionista de París a meter ruido con sus colores que chillan y danzan, y hacen danzar; Juan Echevarría, que se está formando lenta y tozudamente y buscando su fórmula definitiva... Y allí solemos tener y gozar de sus ingenuidades de conversación, no menos ingenuas que sus ingenuidades de pintura, al gran paisajista franciscano Darío de Regoyos. Y le llamo franciscano a este dulce bohemio del arte, porque pinta sus paisajes con un amor cristiano, fraternal, a la naturaleza.

El árbol de sus paisajes es el hermano árbol, la roca es la hermana roca, el agua es la hermana agua. Y pinta a esa hora misteriosa y también cristiana, la hora de la oración, que otro pintor vasco, el veterano Adolfo Guiard llama la hora sagrada del canocheser.

Entre estos artistas y entre un número de finos y agudísimos conocedores del arte que en Bilbao, una de las capitales de España de mayor cultura artística, tal vez la que más abundan, me desquito de los largos meses de ayuno pictórico que aquí paso, sin más que ir a ver de cuando en cuando la docena escasa de cuadros que aquí puede verse, entre ellos dos estupendos de Ribera y algunos de nuestro primitivo Gallegos.

Allá en mi tierra vasca se ha formado últimamente toda una escuela de pintura, cuyo renombre lleva por el mundo Ignacio Zuloaga, el más generalmente conocido de los pintores vascos. Y en esta última exposición que provoca estas líneas el mayor llamativo dicen fué un cuadro del pintor vasco también—guipuzcoano como Zuloaga—Elias Salaverria, que representaba una procesión del Santo Cristo de Lezo.

Es cosa instructiva y en que ya antes de ahora han parado algunos la atención, el que esta escuela de pintores vascos que ha surgido potente tan de pronto no sea, en el fondo, sino la restauración de la vieja y castiza pintura castellana en lo que ésta tenía de más austero y hasta místico. Y una cosa parecida está pasando con los

escritores vascos. El catalán que dijo aquello de que el vascongado es el alcaloide del castellano, dijo mucho más acaso de lo que creyó y quiso decir. Y yo, por mi parte, recordando aquellas teorías, teorías de nuestros llamados vascófilos—Larrazmendi, Erro, Astarloa, etc.—sobre la extensión antigua del vascongado, suelo pensar que acaso no sean los castellanos viejos sino vascos que adoptaron el latín como lengua propia, pero no menos puros en cuanto a lo demás de la raza que nosotros. Y es significativo, como ya antes de ahora he hecho notar, que el único vasco que ha logrado universalizar de veras su nombre, Iñigo de Loyola, fué el que acertó a simbolizar el espíritu genuinamente castellano de la España del siglo XVI.

Contra ésta nuestra escuela de pintura vasco-castellana, esgrimen los de la otra banda—ya os diré lo que es esto—a las veces argumentos de orden técnico, sacados de las condiciones a que la pintura debe someterse, pero otras veces, las más de ellas, argumentos literarios y más bien tendenciosamente sectarios, que se apoyan no en lo que la pintura, como tal pintura es, sino en los asuntos.

Juzgar a un pintor no por la manera como pinta, no por su modo de expresar los aspectos de la realidad visible que escoge para sus cuadros, sino por los asuntos mismos que escoge, no es hacer crítica pictórica, sino literaria. Y harto contaminados suelen estar de literatismo los pintores para que se les contamine aún más.

A ningún pintor se le debe ni se le puede exigir que escoja estos o los otros asuntos, el que pinte hombres ricos y satisfechos o bien sanos o que pinte pobres y tristes y enfermos, el que nos dé escenas de alegría o de tristeza, invitaciones al amor de la vida o exhortaciones al temor de la muerte. Y esto que es el abecé de la crítica pictórica lo olvidan esos señores que pretenden hacer de la pintura lo que no es ni debe ser una predicación. Y lo mismo da que sea predicación de optimismo que de pesimismo, lo mismo que sea pagana que cristiana.

La realidad nos ofrece toda clase de aspectos y los más contrapuestos entre sí. La vida encierra tragedias, comedias, sainetes y farsas bufas. Unos son más sensibles a la tragedia, otros a la comedia, y no se puede pedir a todos el que se fijen en todo.

Comprendo que se le censurase a un pintor, el que después de haber hecho un cuadro de gitanos, mendigos escualdidos, frailes sordidos, Cristos llenos de sangre, toreros, enanos, majos, etcétera, pusiera debajo: «La España actual», pero si no pone tal cosa, ¿por qué no ha de escoger de la realidad lo que de ella más le interesa y mejor se adapte a su temperamento artístico? Lo más literario del arte de la pintura, es decir, lo peor de él, es la que propiamente no pertenece a semejante arte, cual es la leyenda que a las veces se le pone al cuadro, el título. En éste suele estar lo tendencioso. Y hace muy bien el literato, hace muy bien sobre todo el publicista preocupado de la verdad histórica, en protestar contra ciertas leyendas tendenciosas. Y no será yo ciertamente quien galga a la defensa de los que pre-





tendan hacer que pase como toda España, o por lo menos como lo más característico y esencial de ella, una parte tan sólo de nuestra patria. Como que me vengo pasando esta última parte de mi vida en protestar contra esas tendenciosas desfiguraciones de nuestra España.

Pero la desfiguración está, no hay que olvidarlo, en la estadística. Un sujeto puede entrar en un pueblo de Castilla y encontrarse que en el pórtico de la iglesia está tomando la sombra un monstruoso y deforme enano. Saca su maquinilla fotográfica y con ésta un retrato de él. Está bien y no hay por qué reprocharle su gusto. Cuando se le puede y se le debe sincerar es si expusiera esa fotografía con esta leyenda: «Un pueblo de Castilla». Porque aquí hay una mentira estadística.

Aquí entra otro elemento en juego y es que el artista, y acaso algún pensador con él, puede creer que no es lo más abundante lo más característico y que no es el tipo medio, sino alguno de excepción, el que mejor representa lo diferencial de una raza o de un pueblo. Porque hay temperamentos artísticos que no van a un pueblo a buscar lo común humano, lo universal que hay en él, sino lo diferencial, lo específico. Que es a lo que se llama precisamente lo pintoresco.

Estoy harto de protestar del abuso que los extranjeros que nos visitan hacen de lo pintoresco nuestro, sobre todo si son franceses, harto de protestar como el que más contra «l'Espagne pittoresque» que por otra parte hasta en tal respecto suele estar falseada, pero es porque en el fondo de esas deformaciones hay un interés de mentira estadística. El que un artista extranjero que vaya a esa República Argentina tenga más interés por ver lo que aun queda de gauchos con su poncho y su chiripá es algo que se comprende, pero todos ahí protestarían, y con razón, si se empeñase en hacernos creer que no se ve sino gauchos, o acaso indios pampas o patagones, a todos momentos por las calles de Buenos Aires.

Pero ahora, después de haber asentado esta mi posición fundamental al respecto y distinguido la estadística del arte, me siento llevado a defender a mi paisano y amigo el gran pintor vasco Zuloaga, el revelador acaso de lo más hondamente específico y diferencial de la España de hoy, contra los españoles, más o menos europeizantes, que le motejan de estar falsificando la verdad. (La verdad artística, se entiende).

En rigor es que no hay una sola España, hay varias Españas, ni hay siquiera una sola Castilla, sino varias Castillas, y la España vista y sentida por Sorolla, v. gr., no es la vista y sentida por Zuloaga, como la España que mejor ha visto Blasco Ibañez no es la de Baroja o la mía.

Y con el aspecto de la realidad visible que a un pintor le llame la atención va unida su manera de interpretarlo. El modo de pintar, la técnica pictórica, responde en gran parte a esa predilección del artista por ciertos aspectos de la realidad visible, con preferencia a otros. Hay un mundo de claroscuro, hay otro mundo de color. Aunque esto del color y que sea es mucho más complicado que parece.

Más todo esto bien merece punto y aparte

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS USALES